

riamos día para juntarnos á dar principio á esta grande obra. Todo se hizo así, y en efecto, el día señalado nos juntamos en su casa. Aquí debía contarte lo que suce-

CARTA XXXIX.

MARIANO A ANTONIO.

Antonio mío: El día citado para dar principio á nuestra sociedad fuimos á casa del cura y ya encontramos en ella mas de cincuenta personas: este número se aumentó con nosotros y los que llegaron después. Como su sala se halló estrecha para tanto número, pasamos á la de la iglesia, que está sobre la sacristía. Allí el cura nos hizo un excelente discurso sobre la caridad y el mucho bien que se podía hacer al lugar, mas con la abundancia del celo que con la muchedumbre de las limosnas. Después de esto explicó por mayor el objeto de nuestra reunión y se leyó el reglamento, que fué muy aplaudido.

El cura dijo entonces: Señores, pues os dignais de aprobarlo y no estamos renidos aquí sino para establecer la sociedad, el primer paso que debemos dar es nombrar un presidente. Al instante todos volvieron los ojos á mi amigo y le aclamaron; pero mi amigo, habiendo dado algun tiempo para acallar este rumor general, se levantó y les dijo con modestia y dulzura: Que se sentía penetrado de gratitud por el honor que se le hacia; que estaba dispuesto á obedecer con celo á cuanto le mandase la sociedad, pero que la debía representar; que en el principio de un establecimiento tan útil le parecía preciso poner á la frente un hombre que tuviera conocimiento práctico del lugar y de las personas que le habitaban.

Que él como acababa de llegar no lo podría tener; que replicaba á la sociedad le diese tiempo para adquirirle, y que si entonces se dignaba de echar los ojos sobre su persona, la encontraría dispuesta á servirle en todo. Pero que en aquel momento le parecía que el cura como su pastor que los conocía bien y que era tan generalmente estimado y tan digno de serlo, era el que debía poner la primera piedra del edificio que se iba á construir y ser el primer presidente.

Este discurso hizo diferentes efectos. Unos se contristaron y otros parecían en disposición de insistir. Yo creyendo que en aquellas circunstancias convenia nombrar al cura, cortar aquella indecision y ayudar á mi amigo, insinué á los que estaban cerca que era menester nombrar al cura, y levantándose dije en voz alta que la eleccion del cura era muy buena y que nosotros la apoyábamos. Esto fué aprobado por la junta, y propuse que se pasase á nombrar los otros empleos.

dió; pero esta carta es tan larga, que me parece necesario reservarlo para otra. Adios por hoy, Antonio mío.

Se nombró por presidentes una viuda, cuya estimacion era sin duda general, pues la manifestó el aplauso con que fué elegida. Se escogió por secretario un hombre honrado que era muy entendido en los negocios, que escribía muy bien, que habia pasado muchos años en la capital y que se habia retirado al lugar de su patria para acabar en él sus dias con virtud y reposo. Era hombre lleno de celo y de religion, y muy capaz de aquel empleo. En fin, se nombró por tesorero un mercader que tenía tienda en el lugar, que pasaba por bastante rico y que no dejaba por eso de tener buena reputacion.

Luego que estos miembros fueron nombrados, pasaron á tomar asiento al rededor de una mesa que estaba prevenida, y se procedió á nombrar los dos hombres y la señora que debían ser miembros de la junta ejecutiva. Entones se volvió á nombrar á mi amigo para que fuera uno de los dos miembros, y este levantándose dijo: Pues este encargo no pide mas que celo y aplicacion, acepto la honra que me hace la junta. Se nombró otro hombre y una señora, que aceptaron tambien, y quedó compuesta la junta particular en que debían residir toda la ejecucion y autoridad de la sociedad entera.

Dado este primer paso, el presidente dijo: Ya que la sociedad ha nombrado su junta ejecutiva, esta procederá mañana mismo, segun el reglamento se lo ordena, á la nominacion general de los inspectores y demás empleados, y espera que ninguno se excusará de admitir el empleo que se le destino. Todos lo aplaudieron, asegurando que estaban prontos á emplearse en servicio de los pobres, del público y de la sociedad.

El presidente tomó entonces una caja cubierta que estaba sobre la mesa destinada á recoger las limosnas voluntarias, y la dió á una señora de la compañía. Esta vino á presentarla á todas: cada uno dió en secreto lo que quiso. La señora trajo la caja al presidente, se contó lo que habia en ella y se hallaron mas de tres mil reales. Sin duda que mi amigo dió una buena parte, pero no lo dió todo, y padimos observar que algunos personas del lugar habian contribuido con liberalidad. Esto y la alegría que se veía en los semblantes, la actividad y el celo con que se manifestaban todos, nos consoló mucho, porque nos hizo conjeturar que la institucion prosperaría.

Al otro día se reunió la junta ejecutiva en la misma sala y se nombraron todos los inspectores, inspectores y demás empleados indicados en el reglamento. Se eligió tambien un hombre del comun, á quien se dió un módico salario para que se encargase de cuidar de la sala, tenerla aseada y servir en lo que fuera necesario, como llevar los papeles ó recados cuando fuera menester, y este fué el que nos llevó aquel día los avisos á los que fuimos nombrados por la junta.

Cuando yo llegó ya encontré otros que tambien esperaban, y la junta explicó á cada uno su destino. Allí quedaron nombrados los inspectores y las inspectoras generales, para que desde luego se encargasen de la curacion y socorros de los enfermos y de los pobres, y de todo lo demás perteneciente á la policía de sus cuartales respectivos. Se arregló lo conveniente con el médico, con el cirujano y boticario. Se distribuyó entre los inspectores el primer fondo que habia recogido la sociedad, para que estos lo empleasen en los socorros mas urgentes.

Mi amigo puso á disposicion de la junta cuatro mil libras de lino, otras tantas de café y dos mil de lana. Dió noticia de los tejedores que habian venido á establecerse en el lugar, de los productores en que estaban convenidos y del deseo que mostraban de entrar en actividad. La junta nombró un depositario para custodiar las materias primas, y los inspectores de fábricas que ofrecieron ponerlas sin dilacion en movimiento. En fin, se nombraron todos los empleados, dando á cada uno por escrito una instruccion que contenia la extension de sus funciones y el modo con que se debían dirigir. A mí se me encargó la inspeccion de las escuelas de los muchachos y se me nombró maestro de dibujo. Todos aceptamos con alegría los encargos que se nos dieron y todos salimos de allí para ir cada uno á ocuparse en su tal ardor como si de esto dependiera su fortuna.

Es imposible que yo te explique por menor el movimiento progresivo que ha tenido este establecimiento, ni las bendiciones que Dios ha derramado sobre él. Para hacértelo comprender bastará explicarte el estado actual en que hoy se ve, y él será lo que te hará inferir mejor las dificultades que habrá sido menester superar, los esfuerzos que ha sido preciso hacer, la continua atencion y la vigilante constancia que se ha debido emplear, y en fin, los pasos lentos y sucesivos, pero tenaces y firmes que ha sido necesario dar para poder conducirle á este punto de prosperidad que hoy tiene y los efectos que ha producido.

Este lugar que viste tan miserable, tan asqueroso y desdichado, es hoy uno de los mas alegres, cómodos y deliciosos del reino. Ya te he dicho y te repito que se han bajado y arreglado las calles, que se han levantado los pisos de las casas, que á estas se han rasgado grandes ventanas por donde circula el aire con libertad y las hace sanas. Así, este lugar que viste como una cloaca humanda, impropio para racionales, está hoy lleno de habitaciones acedadas, sanas y agradables, y cortado por calles y plazas en que se transita fácilmente. Se ha hecho un camino sólido y firme para ir en todo tiempo cómodamente á la ciudad vecina. Cada propietario ha comprado y arreglado el que conduce á su heredad y se han establecido en estas sus términos ó linderos tan distinguidos, que no puede haber ya los pleitos interminables que nacían de este descuido.

Se ha construido á la salida del lugar una hermosa alameda que casi le rodea, en que pueden pasear las gentes, y se han establecido en ella por uno y otro lado diferentes juegos en que el pueblo se divierte los dias de fiesta después de visperas. Tambien se ha fabricado una especie de lonja grande y redonda, que sirve de dar abrigo á todo lo que se vende en el mercado. Es muy propia para esto, porque tiene en su circunferencia tres órdenes de gradas, está cubierta por el techo contra el agua y el sol; pero está descubierta al rededor. Sus muros no son mas que columnas ligeras que sostienen el tejado; pero todas abiertas, de manera que cuando el interior está lleno, puede una muchedumbre ver desde fuera lo que pasa por dentro.

Ya te he dicho tambien cómo los labradores á quienes repartió mi amigo las primeras suertes de la dehesa inmediata, están todos acomodados: no hay ya ninguno que no tenga su suerte toda corriente y cultivada; ninguno que no tenga su cuarto de su tierra destinado á prados artificiales, por consiguiente no hay ninguno que no haya aumentado mucho sus ganados, ninguno que no tenga mucho estéril para beneficiar sus tierras y hacerlos producir muchas y repetidas cosechas. Te añadiré que todos tienen un corral espacioso en que abrigan sus ganados, sus gallinas, sus puercos, ovejas y vacas. Todos tienen sus cocheros que les dan leche, queso y manteca fresca; todos tienen un horno en que cocen su pan, y los despojos de sus granos sirven á alimentar las aves, que les dan pollos y huevos, y á juntas á todo esto las hortalias y las frutas de su huerta, porque no hay ninguno que no la tenga, varás cómo estos nuevos labradores viven ya con comodidad y regulo.

Este ejemplo ha sido tan elocvente y persuasivo, que ya todos quieren tierras. Después que el público vió poblada la primera dehesa, fué fácil poblar las otras, porque en el mundo queria y podia suerte. Ya están casi pobladas todas las otras dehesas de este término, tanto con los vecinos de este lugar, como con los de los pueblos comarcanos, y si todavía no están acabadas de poblar, no es porque no las pidan: muchos las solicitan con instancia; pero mi amigo reserva una parte, porque dice que es justo preferir á los hijos de los primeros colonos, y ve aquí cómo esto se hace.

Cuando uno de estos colonos ha puesto su tierra corriente, ya no ha menester tantos brazos para su cultivo ulterior. Supongámosle tres hijos que le han ayudado á poner su suerte corriente y que ya no necesita de su auxilio, pues le basta el suyo con el del hijo que le hereda; pero como no puede dividir su tierra y esta debe pasar á uno solo, el amor paternal le inspira el deseo de acomodarse á los otros. En ese caso ¿qué es lo que hace? Empieza por acomodarse á uno de los dos: pide tierra para él, declara que no pide otra cosa y que él se encarga de doblar el nuevo colono de todo lo que necesita para el cultivo de la nueva suerte. Puede hacerlo porque ha multiplicado sus ganados, y sin que lo hagan falta, le da lo que necesita para sembrar. Le da las simientes y le mantiene hasta que coja su cosecha. El mismo y sus otros dos hijos le ayudan á preparar, cultivar y sembrar esta tierra, y con el auxilio de todos queda en poco tiempo acomodado. Desde que esto lo está, se pasa á hacer lo mismo con el tercero, y si hubiere mas, se acomodarán todos.

De manera que la poblacion por sí misma se destruye.

lla y desenvuelve. Ya tenemos algunos hijos de colonos establecidos de este modo por sus mismos padres, y entre otros ejemplos que pudiera citarse, solo te haré mención de uno de nuestros colonos que ahora cinco años era un pobre jornalero y hoy es un propietario bienestante y un excelente padre de familia. Desde luego destinó á su hijo mayor para que le heredara y siga en su suerte; pidió otra parte su segundo, que ha establecido, avistándole de todo; ayúdalo un mozo que su caso con una de sus hijas; le quedan otros dos hijos y una hija, y no dudamos que de aquí á tres años, á hijo por año, todos quedarán acomodados.

Todo esto no ha costado á mi amigo más que dar la tierra, y otros muchos se han establecido del mismo modo. Pero mi amigo se afiige de que presto no le quedará más tierra, y suele decir suspirando: ¡Ah! ¡ignó tu tierra á su cargo toda la tierra del reino para hacer un jardín de toda España!

Pero volvamos á nuestra sociedad, que ha producido tantos bienes que es imposible comoverlos sin verlos. Jamás se podrá entender que con tan cortos gastos y solo un virtud del orden y la regla con que se emplean, se hayan logrado tantas y tan grandes ventajas. En cuanto á los enfermos, no tengo más que una palabra que decirte. Al instante que hay alguno en una casa, una persona de la familia va á advertir al médico ó al cirujano, al inspector ó á la inspectora; estos se trasportan al momento le dan todos los socorros. El boticario da los remedios que recetan los primeros, y los segundos están enterados de la situación de la familia: los dan lo que parece más urgente, como buen alimento, vino y lo demás que no se halla en la botica; lo ven con frecuencia y nada les falta hasta que Dios dispone de ellos.

Los inspectores por encargo especial procuran conocer todas las familias de su cuartel, enterándose no solo de sus necesidades, sino también de su moralidad y costumbres. De aquí resulta que la junta ejecutiva conoce perfectamente el carácter de las familias pobres y las trata según merecen. Los mismos inspectores con sus rondas y asistencias continuas, con su incansable vigilancia y con sus frecuentes exhortaciones, han contribuido mucho á corregirlas, más á las que mostraban más dificultad las amenazas de que las borrarían de las listas, y por no ser borradas todas se corrigían.

Ya puedes discurrir cuánto habrán ganado las costumbres con esta administración paternal. Ya no se ven las quimeras y renieblas que antes eran tan frecuentes, porque á la primera disputa ó queja el inspector ó la inspectora toman la mano, son como el padre y la madre de todas las familias de su cuartel; se enteran del motivo de la disidencia y procuran arreglarla y componerla por medios de razón y de equidad, como pudiera un padre con sus hijos.

La beneficencia y el amor con que los socorren en sus necesidades y aflicciones, les dan una autoridad superior á la que pueden tener las leyes y la subordinación civil. Los genios más díscolos están obligados á someterse á sus prudentes y amigables decisiones por la incansable dependencia con que les están sujetos. Así las quimeras se terminan presto, y después de largo tiempo observamos con gusto una paz general no interrumpida, ó tan poco alterada, que no se ve dominar aquí la infeliz desavenencia que es tan común en los pueblos cortos.

Lo mismo sucede en lo interior de las familias. Los inspectores que las ven con frecuencia, están siempre á la mano para corregir los vicios ó defectos que puede haber en ellas. El primer principio que la sociedad ha procurado establecer y que ha inspirado á sus individuos con más constancia, es dar á la autoridad paterna toda la extensión, fuerza y poder que sea compatible con las leyes del país; porque está persuadida de que de este principio sostenido con vigor deben nacer las buenas costumbres generales.

Por eso nada ha inculcado, nada ha promovido, á nada ha conspirado tanto por todos sus medios como á que los hijos vivan siempre y en todo con la debida subordinación á sus padres. No ignora que hay padres injurios y muy rudos; pero también sabe que estas son excepciones, y que el instinto general de la naturaleza es inspirar al corazón paterno un sentimiento vivo de ternura para con los hijos, en quienes ven una parte de sí mismos, y que este sentimiento, que precede á toda reflexión y no necesita de mérito ni de motivo.

La experiencia acredita que esta afecto natural determina á los hombres en todas las circunstancias difíciles á hacer sacrificios propios en favor de sus hijos, y la edad y la razón son otra presunción en favor del padre. Por eso la naturaleza y la religión, fundándose en sus mayores leyes y en la fuerza de su inclinación natural, le constituyeron primer juez, primer magistrado, primer soberano de sus hijos, y el gobierno no puede hacer mejor que reforzar esta autoridad y dejarla obrar en todo lo que no se oponga á las leyes.

Pero como puede haber algunos padres que arrebatados por la violencia de una pasión no escuchan este estímulo de la naturaleza, los inspectores están encargados de corregirlos y moderarlos en secreto para dejar intacto y salvar en cuanto sea posible el respeto que se debe y la autoridad que ha dado el cielo á estos primeros órganos de sus volúntades. Y con esta mira jamás se da una suerte ni otra cosa á los hijos sin que los padres intervergan; jamás se autoriza ni se contribuye á ningún casamiento de las gentes jóvenes sin que los padres hayan dado su consentimiento. Si desea que los hijos vivan en una continua y sometida dependencia, y la falta de respeto ó la menor desobediencia de un hijo á su padre se mira como delito irremisible, que lo excluye para siempre y sin remedio de los beneficios de la sociedad.

También se ha puesto mucha severidad contra la embriaguez. Éste era el vicio más común del país, y se había extendido hasta la juventud y las mujeres. La ociosidad, el ningún trabajo que podían encontrar en todo el invierno, y la ninguna idea del horror y de la infamia de este vicio tan grosero que embrutece la razón, eran la causa de que todos se abandonasen sin rubor. El ejemplo de los ancianos corrompía á los jóvenes y el desorden se aumentaba extendiéndose á todas las edades y sexos; pero la sociedad, conociendo su deformidad y las malas consecuencias que produce, le declaró guerra viva desde su fundación.

Los inspectores fueron encargados de extirpar de la lista de sus beneficios á todos los que después de dos ó tres amonestaciones paternales continuasen en tan despreciable costumbre, y pocos ejemplos de severidad bastaron para

corregir á los más. Las propias mujeres y los hijos eran los más solícitos en persuadir á los viejos á que dejasen tan infame vicio, y cuando no lo podían conseguir, y cuando á pesar de sus instancias los arrastraba el costumbre, procuraban á lo menos esconderlos para que toda la familia no fuese víctima de su desorden, y con esto se consiguió imprimir un carácter de probro á esta degradación del espíritu. Hoy todas las familias miran con horror y como una especie de infamia que alguno de los suyos se deje ver en estado tan vil.

La misma tacha se ha logrado imprimir á la mendicidad voluntaria, compañera de la embriaguez, y que no era menos común. Hoy no se ve un mendigo en el lugar, y lo que es más, ninguno se atreverá á serlo porque las opiniones se han mudado, y el que lo quisiera ser, en vez de hallar socorro no lograría más que desprecio. Su familia se avergonzaría, ninguna otra querría aliarle con ella, porque hoy se mira este vicio como prueba infalible de costumbres perversas, como señal segura de corrupción y flojedad, como clara demostración de no querer aplicarse al trabajo; y estas ideas producen un concepto ó una tacha que no solo se extiende á la persona que lo hace, sino á la familia que lo sufre.

Ya puedes considerar cuánto esto solo ha debido contribuir á hacer más la aplicación y mejorar las costumbres de todos; pero no podrás figurarte los otros bienes que esta sociedad ha producido. Todo este lugar está hoy como un reloj que el diestro artesón que lo hizo cuida de mantener en perfecta armonía. Y todo este arreglo se debe al esfuerzo de haber por varios medios destruido la ociosidad. Lo que debe admirarte más es, que esta máquina que parece tan complicada y tan difícil, se ha construido y se mantiene con los medios más simples.

Un hombre solo, movido de un genio benéfico, iluminado por la luz del Evangelio y sin más que gastos moderados, ha sabido emprenderla y acabarla. Reducido á sus propios esfuerzos no la hubiera podido levantar; pero supo asociarse un número de personas honradas y celosas que menos con gastos que con su personal aplicación le ayudaron á construir y le ayudaron á mantenerla. A la vista está un prodigio tan agradable como increíble: basta abrir los ojos para ver cómo todo ha mudado de aspecto, que la abundancia ha sucedido á la miseria, la salud y la robustez á la languidez y á las enfermedades, que los jóvenes se alían, los ancianos se asean, que las familias están unidas, que los padres y las madres han conocido su dignidad y su poder, que los hijos han reconocido el respeto y la obediencia que les deben, que, en fin, la autoridad paternal se ha restablecido y que se ha conseguido extirpar los vicios y dar estimación á la virtud.

Estos individuos que antes eran tan infelices y vivían tan tristes, comparando su antiguo estado con el que tienen hoy, conocen su felicidad actual y gozan de ella. Todos han tomado amor á su país, todos sienten las ventajas que logran, y han perdido este espíritu errante y vagamundo con que se abandona sin pena el país natal en que no se está bien, para buscar otro en que no se está mejor; espíritu de miseria que quita toda especie de aplicación, que hace al hombre extranjero en su país y que no le presenta una patria en ninguna parte.

Este espíritu destructor no existe ya en este lugar re-

generado. Ninguno de los que le habitan quisiera dejarle por ningún interés, porque saben que en ningún otro encontrarían los medios de ganar la vida, las comodidades, las fiestas y los placeres que dejarían en él. Es verdad que toda la semana trabajan; pero es un trabajo moderado á que se han hecho, un trabajo que les produce un fruto que satisface prontamente todas sus necesidades. Los padres trabajan para criar y hacer felices á sus hijos, y los mozos para hacerse y parecer en las asambleas con el alio y la decencia que puede hacerlos bien vistos y estimados de los otros, en especial de la persona que han escogido para esposa.

Esta idea es un estímulo eficaz que incansablemente se renueva, porque cada domingo, cada día de fiesta le ofrece una ocasión que le hace conocer la utilidad del sacrificio que ha hecho toda la semana, y esto ha contribuido mucho á inspirar á todos un cierto barniz de policía, un exterior de urbanidad que estaba antes muy lejos de sus costumbres rústicas y de sus modales groseros. Esos padres antes tan toscos, que no decían una palabra sin pronunciar una execración, tan descuidados con sus hijos y á veces tan embriagados y renieblas, hoy son moderados, atentos, cuidadosos, y no se les ve indicios de grosería ni desorden.

Esos mozos que antes con tan malos ejemplos y sin freno alguno se criaban tan holgazanes y se daban desde muy temprano á los vicios sin cuidar de su aseo y sin más ambición que la de mendigar ó de disponerse á robar, hoy tienen ya principios de honor. Saben que deben vivir con su trabajo, se aplican, procuran parecer comedidos y respetuosos, y piensan por medios honrados satisfacer los deseos de su corazón. Las mozas, que antes tan groseras como sus madres se criaban aseguradas é inmundas, que no tenían ninguna apariencia de decoro ni aun la menor idea de pudor, hoy parecen modestas, decentes y aplicadas; hoy apenas se separan de sus madres, viven con recogimiento, no se toman la menor libertad ni sufrirían ningún discurso libre, y todo esto va acompañado de tal inocencia y candor, que se hacen respetar de todos.

Esta transformación de las mozas es admirable; es la que más ha contribuido á mudar las costumbres generales y dar á todos el tono de urbanidad y decencia que se ha logrado introducir. La digna mujer que por orden de mi amigo hizo venir de la capital para fundar la escuela de las niñas, ha desempeñado almente su encargo: ha sabido inspirarles tanta idea de la dignidad de su sexo y tanto principios de modestia y virtud, que este ha sido el móvil más activo, el resorte más poderoso para mejorar las costumbres de todos. Desde que los mozos vieron esta mudanza en las mozas, desde que conocieron que ya no se las podía agradar con la familiaridad que no permitían ni con la licencia que desaprobaban, se vieron obligados á tomar el carácter de la decencia y el respeto, y esto ha contribuido mucho á demorar el tono general de atención que hoy es el que domina.

En efecto, amigo, no es fácil concebir cómo un pueblo tan rústico se ha podido mudar tan de repente. También te admirará el contraste de la severa y seria ocupación de los días de trabajo con la animada y alegre actividad de los días del culto, y el ver que los mismos que estaban cubiertos toda la semana del traje desaseado que exigen sus trabajos, saben los días de fiesta alisarse y pulirse para

asistir al templo, y destinar después algún tiempo á la alegría de sus diversiones. Pero no te imagines que esta sea la alegría inocente de personas groceras, que no sabe ser solitaria y balbucida sino con el desorden y la licencia; es la alegría de corazones inocentes que buscan un descanso á sus fatigas, pero que se continúan en los términos que les prescriben la buena crianza y los buenos ejemplos.

¿Qué diera yo por hacerte ver uno de nuestros domingos ó fiestas! Vieras lo que no se puede ver en otra parte y lo que no se puede ver aquí sin ternura y consuelo. Desde que empieza el día viene el lugar lleno de los que vienen del campo á oír la primera misa para volverse á guardar su casa, mientras vienen los otros á oír la mayor. La iglesia está llena cuando esta se celebra, porque las madres vienen con sus hijos y los padres con sus hijos. Nuestros santos misterios se celebran con solemnidad y reverencia. Mi amigo no permite que falte nada para la decencia del culto, y los individuos de la sociedad no sufrirán desahogo ni aun negligencia. La menor falta sería severamente castigada; pero no se necesita de castigo. La costumbre ha establecido tal policía de orden y respeto, que ya es superfluo todo aviso para su observancia.

En los días de premio, que son muchos, pues por lo menos hay uno cada mes, se añade mucho placer y mucho interés á la fiesta, pues toda la mañana se ocupa en los exámenes ó en las decisiones que se hacen, ó en los premios que se publican, y por la tarde después de visternos vamos todos con la música ó á los juegos que se han preparado, ó con los esposos cuyas bodas se han celebrado por la mañana en la iglesia.

Rentones las familias se retiran y ya puedes considerar que en días tan ocupados en que todos están á la vista los unos de los otros y á la vista también de la autoridad pública, no puede haber lugar ni para las embriagueces y disputas, ni menos para los desórdenes vergonzosos que necesitan de la oscuridad. Lejos de eso, todos quedan satisfechos del placer que han gozado y animados con la esperanza de repetirle en los días que vendrán después; así, son felices con lo que gozan y con lo que esperan, y mi amigo es mas feliz que ellos, porque goza de la felicidad de todos.

Ve aquí algunos de los medios con que la sociedad ha conseguido mejorar las costumbres de este pueblo; pero ahora voy á hablarte de una institución que ha sido la mas poderosa y que al mismo tiempo era la mas útil é importante de todas. Esta ha sido el estudio de nuestra santa religión. No me es posible referirte el modo con que nos hemos aplicado á este objeto y los frutos que hemos conseguido sin extendirme mucho y sin tomar las cosas de muy lejos; pero el asunto es de tanta importancia, ha contribuido tanto al logro de nuestros deseos y puede ser tan útil á otros que lo quieran practicar, que me he resuelto á explicártelo desde su origen y por extenso.

A mi llegada aquí tuve muchas conversaciones con mi amigo sobre la educación de sus hijos y sobre el plan ó método que debíamos seguir en ella. Hablamos de la religión y del modo con que debían aprenderla, y aunque dijimos muchas cosas que no es posible recoger aquí, te diré lo mas esencial, porque de estas conferencias nació la excelente institución de que voy á informarte. Mi amigo pues me dijo: El mayor consuelo que recibo de tu vida

y de tu condescendencia en encargarte de la educación de mis hijos, es que por tu medio aprenderán bien la religión.

Cuando digo que la aprenderán bien, ya debes entender que deseo que la aprendan de otro modo que la hemos aprendido tú y yo y que no sea como en general la aprenden los muchachos. Yo pienso que el estudio sólido y fundamental de la religión no solo es útil para sostenernos contra nuestra propia flaqueza, sino el único preservativo contra el contagio de la incredulidad; y que esta no debe los rápidos y lamentables progresos que han corrompido nuestro siglo, sino á este defecto de la educación actual, que nos deja en una ignorancia vergonzosa de lo que mas nos importa saber.

Acuérdate, Mariano, de lo que se ha hecho con nosotros y de lo que se hace en general con los niños. Apenas se les enseña en los mas tiernos años de la infancia y cuando todavía no son capaces de entender nada, se les hace aprender de memoria los artículos necesarios de nuestra fe. Los niños lo repiten sin saber lo que dicen, tales como los hallan en ciertos catecismos dispuestos á este fin, que los presentan secos, aislados y despojados de toda la majestuosa conexión y dependencia, de todo el magnífico enlace con que está revestido el sagrado edificio de la religión.

De modo que toda su instrucción se reduce á repetir de memoria las verdades eternas, sin que jamás se les enseñen los principios de donde nacen ni los fundamentos que las sostienen, ni las pruebas que las persuaden. Así, se les hacen cristianos casi como á los turcos mahometanos, únicamente por tradición y por ejemplo. Y con esto se despoja á la religión cristiana del singular privilegio que tiene sobre todas, que es haberla fundado su Padre celestial sobre la roca indestructible de baxas luminosas y evidentes á que la razón no puede resistir cuando la examina.

Tú sabes que á esto se reduce en general la instrucción que se les da, y á la verdad es la única que que se les puede dar en la niñez; pero la desgracia es que de ordinario es también la única que reciben en todo el discurso de su vida; porque desde que sus años se aumentan, sus fuerzas crecen y su razón empieza á desenvolverse, se les llena el tiempo con otras ocupaciones y estudios, sin que haya intervalo ni época en que se les vuelva á hablar de los principios de la religión. Así, este objeto que por su importancia debía ocupar todos los momentos de su vida, no encuentra en el discurso de la mas larga uno solo que se le consagre.

En efecto, apenas salimos de la primera infancia, y antes de que nuestra razón acabe de formarse, se nos llena la cabeza de instrucciones extranjeras, que por lo mismo que no se cimentan sobre la religión son mas perniciosas que útiles; se nos enseñan cosas fútiles que no sirven mas que de hacernos caer en muchos defectos y grandes extravíos. Se nos enseña larga y fastidiosamente lo que ni en la adultad nadura podremos entender, lo que no nos importa saber y lo que nunca podrá contribuir á hacernos mas virtuosos ó mas felices. Así se pierda la mayor parte de nuestra vida, así la edad de aprender, la edad destinada por la naturaleza para adquirir y guardar las primeras buenas impresiones y las ideas sanas y justas que deben formar en nuestras almas las virtudes que exigen la religión y la sociedad, se pasa por la mayor parte en fruías inútiles.

De aquí resulta que en general los hombres no saben la religión, y que si se examina un pueblo entero se le hallará

poco instruido de lo único que le importa saber, que por consiguiente la práctica de las virtudes debe ser muy rara y muy difícil, y que si algunos niños privilegiados, porque el cielo les ha repartido corazones mas tímidos ó mas sensibles, reciben en mejor tierra las semillas de las verdades eternas y conforman con ellas sus costumbres, casi no lo hacen sino por un principio de temor, porque á pesar de la naturaleza degradada, las amenazas de una eternidad infeliz les han dejado una impresión mas viva y mas sentida. ¿Pero cómo pueden ser conducidos por principios de amor? ¿cómo serán movidos por la hermosura de la virtud? ¿cómo pueden sentir la dignidad de su vocación? ¿cómo pueden admirar á Dios en sus obras, y sobre todo, en el magnífico y sublime plan de su religión, si nada de esto conocen?

¡Pero qué! lo mas triste es que aun estos que siguiera el temor debería contener, son raros, y que la mayor parte se precipita en el torbellino de la religión mas que una tintura ligera y superficial ignorando los principios estables de su fe, no teniendo ninguna idea del espíritu que la rige y de los medios que la sostienen, en alma está aborta á todas las seducciones sin que haya una barrera que la detenga. El primer enemigo que la combate, la vence; el primero que la lisonja, la seduce; si los vicios la halagan, se apodoran de ella, y si la incredulidad la comate con su estilo perfidamente seductor, al instante se lo entrega, acunlo el yugo, saca las cadenas que le ponía la severidad de la justicia cristiana, y un poco tiempo pasa de la indiferencia en que yacía, al odio sistemático de la religión. Y así no es extraño que se hallen hombres que antes de haber empezado á creer sean ya mercedales y enemigos de la religión.

Confesámoslo, Mariano, de buena fe y con sentimiento con dolor. ¿No es verdad que esta puede ser la marcha y los resultados de la diminuta y mezquina instrucción que se nos da! Lo peor es que esta es la mejor de nuestras educaciones; porque hasta aquí no te he hablado sino de las que dan los padres vigilantes á sus hijos, cuando su cristiana solicitud puede estar ayos y colegios; pero si vuelves los ojos á considerar esa inmensa masa del pueblo que ocupa siempre en sus trabajos rústicos y necesarios, no ha recibido en su niñez ni puede recibir en su edad adulta mas que oscuras y languidas nociones de la religión, entonces comprenderás cuán profunda y general debe ser la ignorancia de los pueblos.

Entonces se concibe fácilmente la multitud de abusos y la extravagancia de supersticiones á que están expuestas; entonces se se puede extrañar que tengan la puerta abierta para dar entrada en su corazón á todos los vicios y dejarse seducir de todos los errores. El remedio de esto mal y acaso el mayor de todos los que afligen á la humanidad cuando se ven con los ojos de la fe, sería que habiésemos instituciones públicas y que se tomasen medidas eficaces para que todos se instruyesen de ellas en la edad y en el tiempo en que pueden serles provechosas.

Es claro que los niños en la edad tierna no son capaces de penetrar ni de sentir este cúmulo de verdades, hechos y luces que presentan la historia y la doctrina de la religión; se debía pues enseñarles desde luego los primeros elementos del catecismo, como se hace ahora para prevenir el riesgo de su muerte; pero se debió tambien reservarles una enseñanza completa y extendida para una edad adelantada y en que ya su razón estuviese en estado

de comprender las pruebas, el espíritu y documentos de su fe. Para los niños de una clase que puede recibir una educación mas cuidadosa, debía haberse tratados elementales en que pudieran aprenderlos, y para el pueblo que ni sabe leer ni tiene tiempo para este estudio, debía haber conferencias ó instrucciones públicas en las iglesias, especialmente en la escuela, y todos los años se les debía inculcar esta esencial instrucción.

Pero por desgracia no se ha establecido ni en nuestras iglesias ni en ninguna de nuestras instituciones religiosas nada que pueda enmendar como yo quisiera este defecto de nuestra crianza general. No se ve ni hay donde ó como un mozo rico ó pobre pueda adquirir estos conocimientos que son tan esenciales, tanto á su propia felicidad como á la de todos. Los tóxicos mismos que por instinto de su vocación se consagran al estudio de la ley divina y son el depósito vivo de las pruebas de la religión y sus misterios, cuando llegan á adquirir esta instrucción apenas hallan medios de comunicarla y extenderla.

¿Cuán importante sería que los mismos nos instruyesen y nos prescribiesen el augusto conjunto de la religión con todas sus grandezas y tesoros! que nos descubrieran este fondo inagotable de luces y verdades que encierra el sagrado libro de las revelaciones divinas, y finalmente, que nos mostraran con tanta claridad las pruebas evidentes de su verdad, que nos hicieran impartirables en la fe y la posesión de la santa doctrina!

Los predicadores evangélicos pronuncian algunas cortas palabras sacadas de los libros santos que se proponen como texto, y procuran extenderlo y comentar valientes de las ideas á que este texto los conduce. Exponen sobre algún punto de la doctrina ó del moral cristiano lo que les parece mas capaz de instruir ó edificar á su auditorio; pero este método, que es excelente para mantener y avivar el amor de la religión en los que ya la conocen, no es suficiente para hacer conocer ni su verdad ni su hermosura á los que no tienen bastante conocimiento de ella. ¿Cuánto mas afecto producirán si los oyentes estuvieran mas persuadidos! ¿Y por qué un cierto número no se destina á esta parte de la instrucción que es mas necesaria y primordial!

El hecho es que el púlpito que vemos tantas veces adornado con flores que algunos no dejan de producir abundante frutos, raras veces se le ve en disposición de recoger todos los que pudiera, porque no nos instruye de los primeros principios de la verdad de la religión y de su origen divino, porque nos deja en la misma ignorancia en que nos dejó la insuficiente educación que recibimos, y de todo resulta que esta enseñanza, que por su importancia debía ser la mas universal, la mas completa, la mas fácil, no solo es la mas rara, sino la mas difícil de encontrar.

Tuá hacerte palpable esta verdad, yo quiero suponerle ahora en la capital, donde son mas abundantes los socorros, y que un salvaje venga á preguntarte: ¿cómo podrá dirigirse para saber cuál es el culto y la religión de los cristianos, cuáles son las pruebas que la persuaden, los principios que la establecen y los testimonios en que se funda? En fin, ¿á qué magistrado ó ministro público podrá acudir para recibir una instrucción completa sobre el cristianismo? Me parece, Mariano, que te hallarías muy embarazado, porque casi no sabrías qué responderle ni á quién dirigirle.

por la tierra sus capichos de incredulidad, hubiera exterminado todo gobierno y hubiera reducido las naciones al desolación y la confusión.

La fecundidad de su imaginación exaltada y la fuerza prodigiosa de su ingenio, debieran haberle hecho uno de los hombres más útiles en las artes; pero su empeño bárbaro y alboroto le hizo degenerar en el más pernicioso monstruo que ha producido las edades. Su encarnizado furor contra los principios del moral y de la religión le han transformado en un monstruo malfático que ha cegado y corrompido todas las naciones.

Jamás hombre ninguno hizo tanto mal á los hombres como Voltaire. Este, señor, es el autor de la prevaricación de tantas gentes, y este es la causa principal de los extravíos, impiedades y escándalos de nuestro siglo.

Yo quedé tan edificado como cuando oí el discurso de este mozo excelente, y di gracias á Dios en mi corazón de que en medio de la inundación general siempre se reserva su pueblo de escogidos. Allí deploramos el que una parte de la generación actual estuviese ya contagiada de peste tan mortífera y que tantos padres infelices se ellos mismos ó sumergidos en el golfo de sus ocupaciones ó plácidos, desuniesen la educación religiosa de sus hijos.

Allí nos dolíamos también de la inocencia del gobierno de algunos países en que se permitía á los sofistas publicar á rostro descubierta el secreto de su iniquidad, dando lugar á que tanta juventud incauta y poco instruida se dejara arrastrar al precipicio con la lisonjera seducción de su estilo y la brillante osadía de sus sofismas. Nos lamentábamos de que el clero, siendo él mismo tan instruido y tan celoso, no hubiese podido poner freno con una educación más sólida y fundamental que hubiera preservado á nuestra edad de daño tan irreparable; y después de otros discursos de esta especie en que yo admiré su instrucción y su celo, nos separamos con promesa de vernos allí otras veces.

Tanto por sus noticias como por otras que recibí después, supe que en efecto este infeliz Voltaire es el que más ha contribuido á extender y dar vuelo á la incredulidad. Yo os diré en pocas palabras lo que pude saber de su persona. Este hombre, por degeneración de su persona, sobresaliente imaginación, su ingenio era elevado y extendido en todas las partes de la literatura y de las bellas artes.

Pero esta habilidad reconocida solo pudo verificarse en objetos de puro agrado, en la poesía, en la elocución, en las ciencias amenas ó en lo que se llama bella literatura, y aun en esta parte con más ingenio que juicio, con más malignidad que buena fe, y en todo con pasión y sin amor á la verdad. En las ciencias exactas fué poco profundo, y en la más importante de todas que es la de la felicidad eterna, no solo por vanidad cayó en los mayores extravíos, sino que aspiró á ser jefe de secta y arrastró consigo á gran número de su contemporáneos.

Este hombre tan singular de quien los perverros de los siglos futuros hablarán con asombro, pero de quien si se las escuchasen hablarán con horror, desde su niñez descubrió entrever algunas chispas de su disposición á la incredulidad. Tornósele su maestro, varón sabio y religioso, predijo y no pudo remediar los sucesos infelices que sospechaba. En la primera tragedia que publicó á la edad de veinte años,

ya se pudieron brujular algunos rasgos que espantaron por su novedad y su osadía. Los cuerdos gemieron, pero los libertinos lo celebraron.

Este aplauso inmenso excitó su amor propio y le inspiró el deseo de aumentarle á costa de la religión; pero no era fácil dar entonces toda la rienda á su vanidad, porque el siglo no estaba corrompido todavía hasta el punto á que ha llegado hoy. El mismo fué el que le acabó de corromper. Por lo que si entonces algunos jóvenes disolutos aplaudieron sus impiedades, los hombres de juicio sano, que eran en mayor número, las escuchaban con horror.

Le fué, pues, preciso contener, aunque con pena, su natural inclinación, y caminar á la celebridad con una sujeta, pero sin abandonar tampoco los intereses de su falsa gloria. Para eso en sus producciones sucesivas no dejó de diseminar, aunque con tímida cautela, algunas máximas, algunos principios del funesto sistema. Estas eran semillas que se iban derramando, que crecían en las tierras ya preparadas y que eran más fecundas porque salían dispersas en obras que aprobaba el buen gusto y agradaban al ingenio.

Entonces estas obras no eran más que tragedias, poetas fugitivas, libros de historia y literatura, todas distinguidas por su estilo y su amenidad, pero todas marcadas también con el sello de alguna doctrina impropia, de alguna máxima contraria al moral, ó de algún error propio á pervertir las costumbres. Y estos principios, aunque por entonces arrojados con embozo y diseminados con parsimonia, no dejaban de ser peligrosos y producir terribles efectos, porque eran siempre venenosas que venían escondidas entre las flores del estilo y entre las demás bellezas que adornaban la obra.

Le muy difícil resistir á la tentación del propio natural, sobre todo cuando la sostenen el deseo y la esperanza de la celebridad. Así Voltaire, á pesar de los sentimientos de pudor que gobernaban á la parte sana de su nación, á pesar de los intereses de su fortuna y su reposo, no pudo contenerse. Poco á poco fué soltando las riendas, y se abandonó al ímpetu de su malignidad. Después de algunos años de una sujeción tan violenta como penosa y forzada, se dejó dominar por su rabia, y multiplicó tanto en sus producciones posteriores los sarcasmos y las ironías contra la religión, abusó tanto de su ingenio para desfigurar las verdades y corromper las costumbres, que al fin forzó al gobierno á que le mandase salir de su patria.

Entonces fué á Prusia, convidado por su rey el grande Federico. Este soberano tan instruido, tan político y tan ilustre general, tenía la desgracia de ser incrédulo y la fatiga de reunir y formar los placeres de su íntima sociedad con una tropa de literatos del mismo calibre que hizo venir de diferentes Estados de la Europa. Allí se hallaban congregados Maupertais, Lametrie, Dargens y otros muchos que se habían hecho famosos por esta especie de escritos que brillan con aquella ciencia que coincide con el orgullo que embriaga.

El rey se desahogaba en las cenas y conversaciones de la noche de las fatigas de sus días laboriosos. Voltaire vino á amañar el número de los sofistas cortosanos y encontró la acogida que le prometía su reputación; pero le duró poco. Lo que le ganaban de lejos sus escritos, le hacían perder de cerca su carácter envidioso y su genio ma-

ligno. No le bastaba ser el primero entre sus iguales; su orgullo aspiraba á dominar á todos, su ambición quiso gobernar á un monarca que no se dejaba gobernar. Pretendió sojuzgar á literatos que no le cedían en vanidad, y no pudiendo conseguirlo, su humor, muy irritable, no supe coesponder ni su disgusto ni su enfado.

Se le acusó de haber compuesto una sátira atroz contra el mismo soberano que le protegía, con la doble iniquidad de haberla divulgado atribuyéndola á Maupertais, primer objeto de su envidia, y con el fin de hacerle perder el afecto del rey. Esto no se dejó engañar con tan vil artificio. Indulgente y magnánimo, prometió á Voltaire eterno olvido si quería confesarla la verdad; pero Voltaire, tenaz y no arrepentido, lo negó con obstinación. Y habiendo después adquirido el rey pruebas evidentes de la inocencia del uno y de la malignidad del otro, conoció que había abrigado en su seno una serpiente, y le arrojó de su corte y de sus Estados.

Entonces fué á buscar un asilo en la libre y perversa Ginebra, tierra infeliz que estaba ya entregada al error, y es el centro y hogar de la herejía. Lo que hay de singular es, que esta misma ciudad que se ha rebelado contra la Iglesia, su primera madre, que la ha negado su antigua obediencia, que es el refugio y la capital del calvinismo, que tiene sus puertas abiertas á todos los desertores del culto y á cuantos trágicos hayen de la severidad de la disciplina católica, se llenó de terror cuando supo que Voltaire, como los otros, iba á buscar un abrigo en su seno. Dudó mucho si se le concedería ó no; tenía razón en temerle, y hubiera hecho bien en no acordarlo.

En efecto, desde que el apóstata Voltaire se halló en una tierra libre, desde que pudo sin riesgo soltar las riendas á su mano y dar ensanches á su iniquidad, se quitó la moderación que el respeto y el temor le habían puesto, y cual tigre que se mira libre de las cadenas que le oprimen, se arrojó feroz sobre su pluma y procuró con ella desterrar de la tierra todos los cultos y exterminar del mundo todas las virtudes. Sus escritos perdieron aquel barniz de moderación forzada en que los había contenido el temor. El veneno que hasta allí había derramado por gotas, lo vertió á manos llenas y le transformó en un torrente de iniquidades y en un diluvio de horrores. Desde entonces nada respetó, ni leyes, ni moral, ni gobierno, ni religión.

Su fecundidad tan prodigiosa como infeliz, multiplicaba cada año los libros con que infestaba al público. Todas eran ó producciones asperasas y oscuras con que ofendía groseramente la decencia de las costumbres, ó sátiras inocentes contra los gobiernos establecidos, ó historias infelices en que con arte perdido alteraba la verdad de los hechos para dar un falso color á la malignidad de las intenciones, ó en fin, poesías y otras obras ligeras; pero todas traían el carácter de la bestia, en todas se veía un infatigable y perdido conato de hacer odiosa la Iglesia y ridícula la religión. Sus primeras obras le habían procurado la celebridad de los corozones corrompidos, y se veía que trabajaba en aumentarla con las posteriores á fuerza de temeridades y blasfemias.

Largos años se ocupó en este miserable y pernicioso oficio. Ginebra era el taller en que forjaba todas las armas de su impiedad, el arsenal de que salían las flechas empon-

zoñadas con que esparcía su mortífero veneno en todas las regiones de la tierra. Cada producción de su orgulloso ingenio le acarrea nuevos aplausos de la gente perdida y era el estímulo de otra nueva y más escandalosa que le merecía otros mayores. Así, con un grado de malignidad y desverguenza, y las últimas llegaron á un extremo de depravación al donde nunca habían podido llegar ni el corazón más licencioso ni la razón más perversa.

No era ya el empeño de un ingenio ardiente que procuraba acreditar sus propias opiniones. Tampoco era la propensión innata del orgullo que aspira á dominar los ánimos en la propagación de sus ideas y fundar un imperio en el dominio de las letras. Era la rabia de un ánimo irritado que aborrece al enemigo que persigue; el conato de la propia venganza que no suelta hasta ver por tierra al odiado objeto de sus iras; y en fin, el esfuerzo de una cólera ciega que con impleable furor no se satisface sino con la ruina total de su contrario.

Todas estas viles y furiosas pasiones dominaban en las obras monstruosas de su pluma y todas eran subversivas y enemigas de cuantas máximas de buenas costumbres ha dictado el moral y de cuantas leyes en el gobierno político ha dictado la razón; pero sobre todo, se descubría en ellas un odio feroz y encarnizado contra la religión, una incesante y rabiosa detestación contra la Iglesia y sus ministros, una antipatía sin término contra el culto público, y el malvado conato de arrancarle, si fuera posible, de la faz de la tierra.

Estas obras volaban por el mundo con las alas de la novedad y del interés y eran recibidas con ansia por el libertinaje que halagaban y por la curiosidad que divertían. El veneno era mortífero y sutil; pero la tiza era dorada. Jamás hombre poseyó un tan alto grado los primeros del estilo y los adornos de la elocuencia. Jamás otro manejó con tanto artificio las flechas de la ironía y la aversiva saeta de la ironía; ni nadie supo jamás usar con agudeza tan sutil del punzante y traidor esfuerzo de la sátira para transformar en ridículos los objetos más dignos de respeto.

Este arte deplorable le sirvió con ventaja para hacer pasar á muchos corozones el látigo fatal de sus doctrinas. Por entre la clara brillantez de su estilo y la chistosa amenidad de su expresión se resbalaban los principios más impíos, y los corozones más incautos los bobian, bien hallados con opiniones que al parecer desahogaban sus conciencias y los tranquilizaban en sus vicios. La juventud presuntuosa los adoptaba con placencia; la inexperta se dejaba seducir y la modesta y tímida ignorancia se espantaba con la novedad, se aterraba con la avizantez, pero no la sabía constar.

Los hombres instruidos y de sano juicio, dando el aprecio conveniente á sus obras puramente literarias, veían con horror las impuras y detestaban las impías. Por desgracia estas eran las más, y en algunas, que eran como un prodigio de delirios, había acumulado todos los principios destructores. No se podía estar con las luces de los verdaderos sabios que todas aquellas novedades peligrosas no eran más que un conjunto de sofismas, que todos sus sistemas no eran más que una máquina artificiosa, entretejida con hilos muy resplandecientes, pero tan débiles y fútiles que no era necesario mucho esfuerzo para desahogarla, pues

toda era una telaraña brillante que no podía resistir al menor soplo de la discusión.

Pero desgraciadamente el estrago que podían producir en los que no tenían bastante instrucción para discernir el artificio y reconocer su fijeza. Estos sabios descubrían que Voltaire no había hecho otra cosa que reproducir en este siglo las objeciones contra la religión que desde los primeros tiempos hicieron los incrédulos. Objeciones que los herejes de sus sectas han repetido con mala fe en los siguientes, olvidando las respuestas victoriosas que les dieron los primeros padres, como en nuestro tiempo se olvidaba Voltaire. Que así todo el trabajo de este se reducia á renovar los antiguos sofismas, sin poner de su parte más que el arte capcioso y la sofistérica con que lo sabían revestir sus perdidos talentos.

Observaron tambien que la rabia astuta de Voltaire no necesitaba de otro estudio que el de los largos voluminosos catálogos en que los mismos católicos con el título de antinomias exponen las dificultades ó contradicciones aparentes de la religión y de las santas Escrituras en que estrían, y que copiándolos, sin añadir más que las invectivas que lo sugería su animosidad, procurara con ellas formar toda su larga lista de argumentos. Al mismo tiempo vieron que si no el afán de repetirlos, tuvo la astucia de callar las soluciones con que los mismos que las proponen las desahucan, y no pudieron dejar de ver en esta conducta ó mucha ignorancia, ó lo que es más verosímil, una mala fe muy artificiosa.

Por otra parte, á pesar de los falsos respaldos con que deslumbró á los ojos alucinados la mayor parte de sus obras, la peregrinación de los sabios no pudo dejar de ver los muchos errores en que abundan, aun prescindiendo de la religión, pues está á la vista los títulos infames que merece por el mismo carácter con que le presentan sus escritos. Desde luego aparece como un poeta obscuro y libérrico, corruptor de las buenas costumbres y vil panegirista del vicio, de la licencia y del desorden.

Después de esto no se puede negar que es un historiador infiel, tan ligero y poco circunspeto, que ni siquiera es exacto en las fechas, y mucho menos en los sucesos, pues cuando no los inventa los acomoda á su sentido, vistiéndolos con mentidos colores para dar valor á la malignidad de sus intenciones. Calumniador imprudente de cuanto respetan los mortales. Intérprete de mala fe, pues se esfuerza á dárles el sentido que no tienen y se sirve de cuanto le puede sugerir su funesta erudición para torcerlo á su depravada inteligencia.

Calumniador de la religión, pues para hacerla aborrecer la atribuye dogmas que no tiene y la acusa de las doctrinas que ella misma reprueba. Calumniador de la Iglesia, pues quiere hacerla responsable de todos los delitos de los hombres, cargándola de las faltas de los individuos, atribuyéndola las mismas supersticiones y excesos populares que mas la afligen, como si ella los adoptara y promoviera. Calumniador de sus ministros, pues las mas veces sin pruebas, contra todos los testimonios de la historia y las reglas de la verosimilitud, los juzga y representa como culpados de todos los horrores de su siglo y de todos los atentados de las pasiones.

Juzg. virtud, que con una balanza desigual exalta y eleva tanto las virtudes profanas y civiles, como abate y de-

prime las cristianas; tanto canoniza y celebra los paganos diestros, como desprecia y eucarnea los santos mas heroicos. En fin, infiel en los hechos, falaz en los discursos, perverso en las intenciones, capcioso en los razonamientos y que emplea sin cesar con un arte insidioso los falsos colores de la moda, del escarnio y de la ironía. Este hombre desdichado ha mentado á su Dios, á su conciencia, á sus contemporáneos y á la posteridad.

Es fácil conjeturar lo que serán unos libros compuestos de tan malignos elementos. ¡Qué conjunto de horrores, blasfemias y abominaciones deben conocer volúmenes dedicados por tal vez tan sacrilegos y con tan siniestras intenciones! A pesar de lo que lionjean el gusto, repugnan al honor y excitan una involuntaria indignación. En cada discurso, en cada página se ve escampada una impudencia que eriza, una máxima que relaja, una sátira que choca, una insinuación maligna que indigna, y en todas se ve de bulto un insano ardor de pervertir las almas y alejarlas de todo lo que es justo, santo y adorable en una palabra, el impropio contó de hacer que todos abandonen á su Dios, su religión y su conciencia.

Es increíble el estrago que ha causado en todas las clases de la sociedad, y lo que hay de más deplorable es, que este daño se ha extendido hasta las gentes de la mas baja especie de las naciones extranjeras, porque este hombre perverso tuvo el talento y la malignidad de tratar los asuntos mas sublimes y profundos con un estilo llano y perceptible, salpicándolo todo con chistes. Como allí abandonan los oídos agradables, los hechos que divierten, las ironías que agradan, las máximas que lionjean, y en fin, los sarcasmos y las calumnias que complacen tanto á la malignidad humana, supo hacer muy divertida su lectura.

Lo peor es que en algunos países ella es la mas comun, ó por decirlo mejor, la única de los lacayos, las criadas, los artesanos y todas las personas de casta especie que apenas pueden gustar de otra y no saben dejar esta de la mano. Todos aprenden en ella á censurar la religión, sus misterios y todas las virtudes cristianas y civiles; y ve aquí el medio con que ha conseguido destruir de todo corazón que no se ha defendido con su educación ó con la gracia divina, todo sentimiento moral y toda idea religiosa.

Con esto solo ya podéis conjeturar cuánto ha debido cundir en nuestros días este horrible contagio y cómo ha podido extenderse desde la mas alta clase hasta la mas inferior, sin que ninguna especie de medios para resistir á la infección; porque la nobleza y las gentes mas bien educadas, no estando bien instruidas en los fundamentos de su fe, no podían adquirir más que una ilustración profana y superficial, que no les dejaba en estado de discernir los errores y los sofismas, ni querían tomarse el tiempo necesario, pues solo se ocupaban en los objetos de su ambición y de sus placeres. Y las gentes de un orden inferior, no habiendo tenido nunca otra instrucción que la que se recibían en sus primeros años, no podían hallar en su ignorancia defensa contra tan artificiosas seducciones.

Es verdad tambien que muchos varones llenos de celo y de ciencia han escrito otros libros en que han probado con evidencia sus errores, sus falsidades y su mala fe; pero tampoco esto adelantó nada. Los hombres por la mayor parte no leen sino para pasar el tiempo y divertirse. Así leen con preferencia los libros frívolos que los entretienen;

sobre todo los malignos y satíricos que llevan consigo la sal del chiste y la pimienta de la calumnia.

Mas los hombres serios y cristianos no pueden escribir libros de semejante especie.

Por otra parte, para poner en su luz asuntos delicados y desmenuar artificios y sofismas astutos, es indispensable usar de discusiones sabias y serias que no sufran burlonas y choacrerías, y menos son permitidas calumnias y malediciencias. Era pues casi imposible que las obras de los escritores sabios pudiesen tener los atractivos que halagan á los lectores rústicos y frívolos, y por esto no eran leídas de ellos. Ve aquí por qué su esfuerzo ha sido inútil. Aquellos para cuyo desengano habían escrito, no conocían la obra, ó si llegaba á su noticia, el fastidio la arrancaba de su mano. Solo la leían aquellos que no la necesitaban. De este modo el error se ha propagado sin contraste y el remedio llegó tarde. Mejor hubiera sido prevenirlo, y ahora parece el daño casi irreparable si no se toman medidas mas eficaces para su remedio.

Este hombre desdichado gozó de su triunfo infame en toda la extensión de sus deseos. Los sofistas de todas las naciones recurrían á él como al centro de su unidad, le ofrecían una especie de culto y lo reconocían como jefe y confesor de la incredulidad. El los alentaba y los dirigía, y con la infatigable fecundidad de sus escritos mantenía el fuego infernal y les afilaba las armas para el combate; pero ¡ay! todo lo mortal es caduco y limitado. Su imaginación, aunque grande, no era infinita, y se halló por fin agotada. Llegó el tiempo en que acabó de vomitar todas las blasfemias, las novedades y los horrores que su malicia le pudo sugerir, ya no sabía qué inventar, y en los últimos años le fató indispensable repetirse hasta fastidiar y causar náusea.

En sus últimos días vino á París, y en esa inmensa y corrompida Babilonia oyó tales aplausos y lionjas, que pocos han conseguido de sus contemporáneos; jamás se ha visto un pueblo tan fanático y embriagado de placer como París cuando le vió en su senec; pero esto era consiguiente, pues esa París tan loca y tan fanática, era la que había bebido mas de sus inmundas aguas. Este pueblo que tanto le aplaudía, era el mismo que mas había corrompido sus escritos, y no es posible concebir á qué extremo llegó el furor de su idolatría.

Los muchos senecas que había formado en esta numerosa y ligera capital, le cercaron con aclamaciones y lo llevaban en pompa. ¡Y qué gloria para su loca vanidad ver adorar en triunfo con tantas conquistas de su ingenio! Los mismos que por su seducción habían abandonado al Dios que sus padres adoraron, parecían adorar á un esqueleto descaído, cuya larga vida se había consumido en hacer guerra al cielo y á la tierra. La celebridad fué desmedida, el aplauso delirio, las aclamaciones frenéticas y la embriaguez tan fanática, que las gentes por las calles iban de tropel en su seguimiento.

Pero mientras él se dejaba emblesar con esta cura de ruidosa y frívola celebridad, la vaporosa muerte amenazaba ya á su anciano y demoronado edificio. Este titán impío que se mostraba intrepido cuando se sentía en salud, no era tan impávido cuando las enfermedades le arrebaban el peligro de su mortalidad. Era notorio que dos veces se había visto en Ginebra amenazado por la muerte y que dos veces había ocurrido temeroso al socorro de la confesion.

Con esta experiencia todos descubrieron que este corazón tan pervertido no estaba enteramente muerto, que sentía cerca del palgro los estímulos del remordimiento, y los buenos tenían alguna esperanza de que en su postrera hora se acogiese á las lágrimas de la penitencia.

Pero esto no siempre lo concede el cielo, y suele algunas veces aterrar á los ímpios con ejemplos terribles. Yo no me atrevo á escudriñar los secretos de Dios, y sé que á su misericordia basta un instante; pero la historia no podrá ocultar que Voltaire vino á París conducido por la vanidad, que el demasiado vapor del incendio con que se le presentó, sofocó sus yabanados alientos, que la muerte se presentó á su puerta, que débil y postrado en el lecho no fué ya dueño de sus acciones, y que muchas circunstancias contribuyeron á apresurar su fin cuando no se pensaba tan cercano.

Tampoco puedo esconder que sus senecas y cómplices se apoderaron de su estancia, y que instruídos de lo que había practicado en lanes semejantes, temieron una repetición que desearótase en público su doctrina y dejase una idea de la inconstancia de su jefe; que le cercaron de manera que apenas le quedó libertad para explicarse, que pusieron barreras á todos los caminos para que no pudiese entrar ninguna luz, ningún reclamo ni ningún ministro de la religión, y que el infeliz sorprendido por el error de un remedio mal aplicado, perdió de repente el sentido y exhaló su postrer aliento sin haber lavado las muchas iniquidades y los peísimos documentos.....

[Desdichado fin! interrumpió mi amigo cubriéndose los ojos con las manos, y poco después añadió: ¡Ay, señor enra, qué reflexiones me ha despertado vuestra historia! ¡Qué ciertos son los estragos que han producido sus escritos, tan lionjeros como corruptores! Yo soy una de sus mas infelices víctimas, y he visto que lo han sido muchos de los jóvenes de mi tiempo. Voltaire era nuestra ordinaria lectura, la novedad atrevida de sus opiniones nos sorprendía, la anchura que daba á nuestros corazones quitándonos los terrores y abriéndonos las puertas á todas las pasiones, nos halagaba. Sus ligeros razonamientos nos alucinaban, y las continuas sátiras con que los sazaban nos divertían.

Con estas disposiciones era difícil convertir á ninguno de los que estábamos pervertidos. Para conseguirlo hubiera sido menester sujetarnos á un estudio serio, á una instrucción seguida en que poco á poco y con una progresión lenta y sólida se nos hubieran hecho conocer las mentiras, falacias y horrores que horrorizan en sus fatícos obras, y esto es lo que no quisieron hacer.

Os confieso que cuando en estos últimos tiempos, ya desengañado, he leído algunas de las obras que se han compuesto contra Voltaire, Rousseau y los demás sofistas, entre otras las de Mr. Bergier, os confieso, digo, que me he asombrado de la facilidad y la vivacidad con que los convencen de sus mentiras atrevidas de la verdad con que demuestran sus calumnias, y en fin, de la fuerza y solidez con que deslucan todos sus falsos razonamientos. Yo me espantaba de la cegua y estúpida insensatez con que habíamos dado crédito á los preñadores infernales de la incredulidad.

Es imposible leer con imparcialidad estos escritos sabios, exactos y verdaderos que los ímpignan, sin convencerse de la mala fe de aquellos sectarios; pero para esto era menes-

ter no estar bien hallado con sus errores que lisonjean nuestras pasiones; era menester buscar la verdad con buena fe y leerlos con desseo de encontrarla, y ni yo ni mis compañeros estábamos en esta disposición, como no lo está la mayor parte de los lectores, aunque se comprendan en este número los que pasan por instruidos.

Ve habeis dicho muy bien, señor cura. La mayor parte de estos lectores no leen á Voltaire, Rousseau y los demás autores de esta especie, sino porque hallan en sus ideas opiniones que los halagan y divierten. Les sería muy ápero leer libros que los desengañen, y poco agradable leer aquellos que necesitan de aplicación. El veneno es dulce y la triaca les parece amarga. Esta es por lo común la conducta de los hombres, conducta insensata, pues con ella caminan á su perdición, pero general, porque nace de que no conocen el riesgo y de que tienen poca idea de la importancia de las cosas.

Parece natural que en un asunto tan grave, en que se trata no menos que de la eterna felicidad, ninguno se atreva á adoptar opiniones sin haberse instruido antes de todo para hacerlo con conocimiento, y que sería locura arrojar-se á tanto peligro sin haber antes tomado todas las medidas que le puede sugerir su razón; sobre todo, cuando la recibida en su cuna una religión que le pasaron sus mayores, cuando esta religión presenta grandes esperanzas y amenazas terribles, y en fin, cuando la ve seguida y respaldada en todos los siglos por los hombres más sabios.

Aquí dije yo: Señor cura, por la descripción que habeis hecho me figuro ver á Voltaire en la montaña de la montaña, con la diferencia de que este enviaba asesinos para dar la muerte á individuos; aquel enviaba libros pestíferos que la daban á pueblos, á naciones enteras, y aun si no se toman precauciones la darán á los siglos venideros. Tenia razón, me respondí el cura. Vuestra reflexión es justa y yo tengo el mismo temor. Si sus libros subsisten y no se instruye mejor á las naciones preservándolas de su influencia con el estado de la religión, no hay gobierno seguro, no hay culto que pueda sostenerse, ni habrá costumbres que no se corrompan. No hablo solo del estado que se da en la niñez enseñando un corto número de verdades eternas, sino de un estudio de la religión que presente en grande su majestuoso edificio, que inspire tanta admiración como amor, y que manifieste las pruebas evidentes que convienen que ella viene de Dios.

Estos son los únicos medios de arreglarla en nuestro corazon. Estos son los únicos principios que pueden determinar á morir antes que perderla, á abandonar todo antes que separarnos de su profesión; y si no se nos instruye á fondo en ellos, no somos cristianos sino de una manera oscura y confusa, esto es, por persuasión. Pero si los pueblos están bien cimentados en su verdad, si conocen bien sus bases indestructibles y eternas, su antigüedad que nació con el mundo, las profecías que anunciaron al divino Redentor, su adelantamiento tan asegurado y tan prevenido, los continos milagros que evidencian su misión divina, su tan demostrada y auténtica resurrección, y en fin, todas las demás pruebas que acreditan con evidencia su verdad, la falsa filosofía no podrá hacer nada contra una nación bien penetrada de la certidumbre de la ley que ádora.

El pueblo convencido de la verdad de su religión la amará y obedecerá sus preceptos, y ellos le enseñarán que aun-

que sea á costa de su vida, no debe tolerar que se altere su pureza, que se corrompa la integridad y candor de su madre la Iglesia, de esta santa madre que la recibió en su seno, á quien juró fidelidad y obediencia y que con su fe y esperanza le conduce á las dichas de la eternidad. También aprenderá á defender su rey, que es imagen de Dios sobre la tierra y á quien ha jurado también fidelidad; y perderá mil veces su fortuna y su vida antes de consentir en la menor desobediencia.

Si los sofistas han encontrado tanta facilidad en trastornar las ideas religiosas en algunas gentes, si han podido lograr designios tan terribles y temerarios, es porque la incuria de la educación les ha dejado en la ignorancia de las verdades de la religión; es porque profusaban el cristianismo no por convicción ni por un asenso íntimo de su alma, sino sin sabor por qué y sin ningún afecto ó respeto interior. La ignorancia lejos de inspirar amor, no podía producir otra cosa que indiferencia. No era ni podía ser aquel culto de su corazon, sino de su costumbre. En una palabra, porque eran máquinas cristianas, y el primer impulso de contradicción era capaz de desorganizarlas sin resistencia.

Ve ahora en mi juicio la causa principal de tantos estragos y la que debo hacer temblar todas las naciones cristianas. No hay ninguna que no esté amenazada del mismo riesgo y que no deba preaverse contra el por todos los medios. Aquí quisiere yo levantar el grito para que me oyeran todos los pueblos de la tierra y decirles: Si tenia la dicha de haber nacido en el seno de la verdadera Iglesia, que vuestro mayor esfuerzo, vuestro primero y más esencial cuidado sea el de instruirlos á fondo de vuestra santa religión, la única verdadera, la única que puede hacer felices en la tierra y eternamente dichosos en el cielo. Penetrad de su verdad y tened el consuelo de saber que el mismo Dios que se dignó de comunicarla á los hombres, la ha revalidado de pruebas tan claras y multiplicadas, que no pueden dejar de convencer á la razón cuando con buena fe las examina.

Cerrad también los oídos á esos pérdidas, sirenas, á esos maléicos sofistas que no solo os inducen á atropellar lo más respetable de la tierra, sino que se atreven á arrojarse sus insultos contra el cielo. No escuchéis sus seductores y falaces ratiocinios. Creed que vuestros padres y tantos hombres grandes que les han precedido y que siempre manifestaron tan religiosa sumisión á los principios de la fe, eran más sabios que ellos y no estaban tan corrompidos. Así para que sus ataques no os encuentren sin fuerzas y para que podáis burlaros de sus errores y delirios, aplicaos, estudiad y comprended la santa religión que profesáis.

Si, cristianos, enteraros de vuestra religión; ella misma os defenderá contra todos sus enemigos y tendreis la satisfacción de no poder dudar que esta religión que que Dios os hizo la gracia de que nacieseis, es tan dulce y consoladora como cierta y segura. Que si este Dios de bondad os presenta en ella misterios oscuros para el ejercicio de vuestra fe, también la acompaña de pruebas tan luminosas, de monumentos tan incontestables, que es imposible que se esconda su evidencia á la sinceridad del exámine; vuestra propia razón bastará á convenceros que Jesucristo la dió á los hombres, que Jesucristo es

Dios, que debemos creer cuanto nos dijo y obedecer cuanto nos mandó no menos que á su Iglesia, pues la constituyó el órgano y la depositaria de su autoridad.

Me parece que en esta parte, dijo mi amigo, no tiene nuestra nación que envidiar á ninguna. Yo no conozco otra que conserve tan pura la fe de sus mayores; por lo menos no hay entre nosotros variedad de creencias, todos somos católicos, y estamos unidos de comunión con la Iglesia apostólica romana. Tampoco esa falaz filosofía ha podido hallar acogida entre nosotros; nuestra educación la resista y repugna á nuestro corazon. Por otra parte, el gobierno con incansable afán la rechaza de nuestros confines, y hasta ahora á Dios gracias no ha podido el mortifero veneno de este monstruo infestar los corazones españoles.

Yo lo sé, le respondió el cura; y ha mucho tiempo que atribuyo la unidad de nuestra creencia á la vigilancia y atención con que se sostiene no solo la pureza de la fe que brilla entre nosotros, sino también la paz interior y la tranquilidad de que gozamos. Echo los ojos por todas las naciones y veo que las unas más, las otras menos, todas han estado y están sujetas á turbaciones ó inquietudes. Vuelvo la vista á la nuestra, y hallo que ella sola ha conseguido mantenerse siempre tranquila, tan sometida á los reyes que la gobiernan como fiel al antiguo culto que profesa.

Bueno la causa de ventajas tan inestimables y no puedo encontrar otra que el cuidado de conservar la unidad de nuestros principios religiosos.

Pero aunque esto sea así, me parece que no basta para el riesgo que amenaza á la Europa, y que es preciso no solo conservar lo que se tiene, sino instruirse fundamentalmente para defenderse de los ataques que se pueden temer. Los riesgos son hoy mayores que nunca. La impiedad hace cada día nuevos y rápidos progresos, y multiplicándose los peligros es indispensable multiplicar los remedios.

Aquí exclamó mi amigo: No es posible negar que en todas las suposiciones y en todos los casos el estudio de la religión sea siempre más útil y necesario. Nadie lo sabe mejor que yo que he sido víctima infeliz de este desecido, y estoy persuadido que la ignorancia con que me educaron así del espíritu y grandeza de la religión como de los fundamentos que prueban la divinidad de su origen, es la causa original de todos mis delirios. Me parece que si yo hubiera sabido en mi juventud lo que ahora, mi conducta no hubiera sido tan desenfundada; y creo también que esta es la causa general de que nace no solo la impiedad de las opiniones, sino también la relajación de las costumbres.

En otra parte, nada puede ser tan eficaz para amar cada uno su religión, obedecer sus preceptos y excitarse á las prácticas de la virtud, como estar vivamente persuadido de su verdad y vivir con la esperanza segura de los bienes inmortales que promete. Pero, señor cura, ¿os parece esto fácil? ¿Hallais posible que toda una nación se instruya en un objeto que exige aplicación, meditación y estudio? Tres clases de personas componen por lo común una nación. Hablemos de cada una separadamente para ver si es posible darlos y esperar de todas que reciban esta instrucción.

La primera es la clase de gentes ricas ó acomodadas que reciben en su familia una educación distinguida. Yo quiero suponer la más sobresaliente: ¿pero á qué se reducirá esta educación? En su infancia y cuando apenas tienen bas-

tante inteligencia para entender las cosas comunes, se les enseñarán por un catecismo las verdades más indispensables de la religión. Es imposible que entonces puedan comprender misterios oscuros y profundos; será menester retirarlos en edad de mayor reflexión; pero apenas empezian sus facultades á desenvolverse, cuando se les ocupa en la latinitad y otros estudios, sin que se les vuelva á hablar de religión. Desde allí pasan al colegio, á la universidad y á otras escuelas donde á excepción de algunas que profesan piedad, tampoco se les habla de ella, y donde no se les ocupa más que en física, teología, derecho, medicina, ó en otras ciencias de esta especie.

Desde que se acaban estos cursos, cada uno se va por su lado á seguir la profesión que escoge. Los unos se casan, los otros siguen el comercio; cada cual emprende una carrera, pero en ninguna encuentra la ocasión ni los medios de volver á estudiar la religión. Así solo pueden instruirse en ella los que por gusto propio y porque una razón más bien dignificada les hace conocer la importancia, quieren aplicarse de veras á este objeto; y ya se ve que en el curso ordinario de las cosas serán pocos los que tengan el gusto y el tiempo, las proporciones y la ocasión que exige un estudio tan serio. La mayor parte abandonada á los pocos y cortos rudimentos que aprendió en su niñez, apenas quedará con las nociones más necesarias, y estas mismas serán muy estériles y diminutas.

Poor será la condición de las personas de mediana esfera, que supongo ser de la segunda clase. Estas son las que naciendo en una familia que no puede vivir sino con su trabajo, necesitan de que sus hijos aprendan un arte, oficio ó profesión mecánica para subsistir con ella, y es claro que estas tendrán una educación más escasa y descuidada, y que apenas habrán aprendido á leer meditamente, apenas llegarán á la edad en que tengan la razón y la fuerza suficiente, cuando se les pondrá á estudiar ó practicar los rudimentos de la profesión que han escogido.

Desde entonces ya no están en el caso de recibir otra instrucción fundamental. Lo único que pueden hacer es escuchar los días de fiesta algunos sermones, si su devoción los conduce; pero por lo común nuestros sermones son muy útiles para exhortar á los parásitos, mas no están destinados ni para convencer á los incrédulos ni para instruir á los ignorantes. No dudo de que Dios por su bondad suplirá con sus dones este defecto de instrucción, y que alumbrará á los buenos espíritus con su gracia; pero es cierto que yo no veo cómo sea posible extender una instrucción útil á las personas de esta clase.

Menos veo la posibilidad en las gentes de un órden inferior destinadas por la naturaleza á los trabajos más rudos de la sociedad; por ejemplo, los labradores, arrieros, carranjetos, y todos los trabajadores de esta especie, que si quiera aprendan á leer, y que no tienen otras ideas de la religión que las que les han dado sus padres, tan poco instruidos como ellos mismos. ¿Cómo, digo, esta masa de la nación la mas numerosa y al mismo tiempo la mas ocupada, porque su pobreza la obliga á un trabajo incesante que les embarga todo el tiempo y todas las atenciones, podrá entregarse al estudio de un objeto que supone una historia, y que necesita no solo de espacio y comodidad para escucharla, sino de ideas y facultades para sentirla? Desde luego confieso que este estudio es el más digno y el único ne-

cesario; pero examinando la constitución de la sociedad no veo...

No niego, señor, le interrumpió el cura, que a primera vista no se encuentren estas y otras grandes dificultades; pero puede ser que considerando la cosa de más cerca, no sean tan insuperables como parecen; por otra parte, aun cuando se presentaran mayores, como el asunto es de tanta importancia, merece que se hagan hasta los últimos esfuerzos. Tal vez no se conseguirá el fruto en toda su plenitud, pero se conseguirá lo bastante para dar por bien empleado el trabajo mayor.

¿Y qué, señor cura, le preguntó yo, pensáis que podrá haber medio para obtener un bien tan importante? Yo pienso, me respondí, que se podrá obtener mucho, y á lo menos lo suficiente para instruir en general á la nación, para mejorar las costumbres, para ponerla en estado de resistir á los sofismas de la falsa filosofía, y para defender en circunstancias difíciles á la religión y á su rey. Si el asunto pendiera de mi mano, si yo pudiera reglar las cosas á mi arbitrio, voy aquí lo que hiciera. En primer lugar lo que mas nos falta y lo que en mi juicio debe preceder á todo, es un libro clásico y elemental que nos exponga la historia de nuestra santa religión con los monumentos que la atestiguan, con las pruebas que la convencen y con las demás inconcristables bases en que estriba.

Este libro debe empezar por la creación del mundo y por el origen del cristianismo en la promesa que hizo Dios á Adán de un reparador, debe continuar hasta la venida, muerte y resurrección de Jesucristo, que fué el reparador prometido, y acabar por el establecimiento de la Iglesia, á quien dejó su autoridad, declarándola depositaria de la verdad é intérprete de su voluntad. Este libro debía ser conciso, metódico y escrito con estilo tan corriente y claro que todo el mundo le pudiera entender.

Lo más singular es, que después de tantos siglos no exista todavía este libro tan importante y necesario. No digo que no esté todo en diferentes libros; pero esto necesita de tiempo y estudio, que solo se consigue con mucha aplicación. Yo quisiera que hubiera uno que por sí solo pudiera instruir de cuanto es necesario y no le conozco. La gramática, las bellas letras, la teología, la medicina, los derechos, en fin, casi todas las ciencias tienen sus libros clásicos y elementales.

Estos son extractos ó resúmenes que contienen todos sus principios, y que reducidos á un compendio claro y luminoso dan idea de todos los conocimientos que cada ciencia ha podido enseñar y que hacen cómoda y fácil la instrucción, porque en su corto volumen presentan recogido lo que está derramado en otros muchos voluminosos. Casi no hay ciencia ó arte que no tenga esta especie de manual, que acorta el trabajo y facilita la enseñanza, y es cosa de lamentarse que la religión sola no lo tenga.

Bien sé que en todo tiempo se han hecho catecismos; pero no tengo noticia de ninguno que liene todas las métricas que tengo hoy por necesarias. La mayor parte aliviana demasiado las materias, y solo son buenos para los niños, y fuera de esto solo se expone en ellos lo que se debe creer, sin que por lo común se expongan ni se expliquen las razones y motivos por que se deben creer. Y en cuanto á mí, yo no he visto uno solo, aun comprendiendo los más famosos que se han hecho en las naciones extranjeras, que en

poco volumen y en estilo de uso junto con las verdades de la religión la fuerza y multiplicidad de las pruebas que la convencen.

De órden del concilio de Trento se publicó un extendido y sabio catecismo, producción de las mas sublimes que han salido de las manos de los hombres; pero su objeto no era probar ni el origen divino de la religión ni la autenticidad de los libros santos. Suponia todas estas verdades, pues hablaba con cristianos, y solo se ocupó en explicar nos lo que la Iglesia nos enseña en conformidad de aquellos santos libros y la virtud de los sacramentos; y yo quisiera que para desterrar este nuevo monstruo de la incredulidad que ahora se extiende tanto por el mundo, se añadieran al fondo de estas verdades, á mas de la historia de la religión, las razones y motivos que nos deben obligar á su creencia.

Tampoco ignoro que los sabios de todas las naciones cristianas están instruidos de todo esto; pero les ha sido preciso poner mucho trabajo y tiempo y revolver muchos libros, y yo deseo que haya uno que por sí solo pueda instruir á la juventud y sea capaz de extenderse hasta el pueblo. Si este libro existe y es ignorancia mía no conocerle, en hora buena que se publique, que se propague y que sirva para la instrucción que propongo, y si no la hay, es cosa muy fácil escribirla y será muy útil que se escriba. Pero me parece que un libro de una importancia tan general debiera estar en las manos de todos, y cuando veo la importancia que domina en casi todas las clases, temo ó que no exista ó que no se estudia.

Como quiera que sea, es indispensable que bien sea remitiendo este libro y reformándole según las necesidades presentes, ó escribiéndole de nuevo, se procure propagarle y recomendarlo á la nación. Si estuvieramos en el tiempo que se juntaban los concilios provinciales, este catecismo sería la obra más digna de un concilio; pero los obispos como ministros de la santa doctrina, pueden aunque separados concertarse entre sí y tomar el partido que les parezca más conveniente para la formación y extensión de un libro semejante.

Pueden publicar un prospecto que explique todo lo que debe contener este catecismo, para que por sí mismo no solo represente el magnífico plan de nuestra religión, sino tambien los evidentes testimonios que nos acreditan que nos viene de Dios, y que según esto los hombres más sabios de su diócesis forman un libro que ellos puedan publicar como el depósito santo de las verdades divinas, como las pruebas más seguras de su divinidad y como el libro más necesario, tanto para la tranquilidad del corazón como para el gobierno de la vida, según todo para que nos instruya y fortalezca contra las seducciones y violencias de la incredulidad.

Laego que estuviere escrito y publicado, quisiera que en todas partes se estableciesen cátedras para aprenderlo y explicarle, y aquí repetiré la reflexión que me causó mucha extraneza. Casi toda la Europa es cristiana, pues aunque por desgracia algunas naciones se hayan separado de la verdadera Iglesia, todas reconocen la divinidad de Jesucristo, y piensan como nosotros sobre los fundamentos de la religión. Y visto los ojos á ellas, y las veo con grande solicitud por los progresos de las ciencias útiles ó profanas, no hay arte, no hay ciencia que no las haya merecido la mayor

atención, para todas han establecido cátedras y premios, y no veo ninguno de estos esfuerzos para la ciencia de la religión, y para el objeto más importante de todos que es la demostración de su verdad.

La única institución que descubre entre todas es el premio anual que estableció á su costa el inglés Roberto Boyle para el que hiciese una disertación que probase mejor la verdad de la religión cristiana, y esta tan digna y bien entendida institución nos ha producido escritos admirables. Pero es de observar que el gobierno, á quien tocaba más peculiarmente este encargo, no solo abandonó á un particular el honor de un invención tan útil, sino que ha sufrido la afrenta de no haber esforzado un ejemplo tan digno.

Es de admirar que España, esta nación tan devota como magnífica y que ha dotado con mucho esplendor fundaciones de tantos géneros, no haya pensado en este asunto que es el más importante de todos, pues es la raíz y el fundamento de los otros. Nosotros tenemos muchas universidades y en ellas hay cátedras para todo género de ciencias, especialmente para la teología; pero no tenemos libro que por sí solo pueda instruirnos, ni persona que por insistido de su empleo esté obligada á hacernos un curso completo del sistema de la religión y á demostrarnos las pruebas y testimonios que convencen su verdad.

Sin duda que nuestros padres, creyendo de buena fe lo que la Iglesia nos enseña, no previeron que llegaría un tiempo fatal en que ciertos hombres, usurpando el título y reputación de sabios y con toda la astucia de un ingenio falaz y seductor, formarian una secta de impiedad, capaz de alucinar la simplicidad de los pueblos. Pero este tiempo ha llegado, y la experiencia nos hace ver que no solo existe esta secta funesta, sino que seduce á muchos incautos, y que la ignorancia general les da mucha fuerza, porque las naciones y los pueblos no están bastante instruidos para resistir á sus sofismas, y no solo sabemos que sus errores caen en la Europa con una celeridad deplorable, sino que somos testigos de los terribles estragos que producen. Es pues tiempo de pensar seriamente en oponer un dique á este torrente de devastación, y añadir á los otros medios de la vigilancia cristiana el de ilustrar y convencer los espíritus que es el más eficaz de todos.

El hombre que conoce bien su religión, no solo admira la sabia disposición con que nos la comunicó la bondad divina, no solo contempla, se arrebata y admira el inmenso y majestuoso plan que le presenta, sino que quedando íntimamente convencido de su infalible verdad por las multiplicadas y evidentes pruebas que le produce, la ama, la sigue con una seguridad que ninguna falsedad le puede desquiciar, y le sirve de consuelo en todas las adversidades y los varios sucesos de la vida.

Qué firmeza, qué seguridad, qué confianza puede tener el que no ha adquirido más que nociones oscuras y confusas de su religión? Todas las bellezas que Dios ha derramado sobre ella son perdidas para él. ¿Qué sentimientos pueden excitar en su alma tantos prodigios de la bondad divina si no los conoce? Aun cuando sponganos que crea con firmeza las verdades eternas y que le movían á temer y amar á Dios, el amor y temor crearán con esta ilustración, y la vista de una religión tan santa, tan majestuosa y tan sublime, elevará el corazón á los más vivos afectos de respeto, de admiración y de amor.

¿Y qué se puede esperar del que profesa su religión sin tener de ella la idea que merece y que Dios ha querido dar á los hombres? sino que poco instruido de lo mismo que crea y no teniendo fundada confianza en su fe, proceda en todo con pasos tímidos y mal asegurados, quedando siempre expuesto á ceder al primer sofisma que le seduzca ó á la primera pasión que le combata: en vez de que si se le hallara penetrado de la realidad de sus obligaciones y de la seguridad de sus esperanzas, fuera una roca inexpugnable que no solo resistiera á las seducciones del error, sino al impulso de sus propias pasiones.

Sería pues un lamentable desacierto el no apalearse á inculcar en los pueblos, así el espíritu como la verdad de su religión. Por otra parte, las fatales circunstancias y las tristes experiencias nos hacen conocer la necesidad de buscar nuevas defensas á nuevas y mayores peligros. Mas volviendo al libro de que hablabamos y que supongo escrito de manera que demuestre con evidencia y claridad los fundamentos de nuestra santa religión, digo que todos los gobiernos deben concurrir á que este libro sea enseñado y aprendido por todas las clases del Estado.

Bien sé que un estudio tan serio no es propio para la edad primera; pero como por su importancia debiera ser el de toda la vida, yo quisiera que por lo menos se hiciera dos veces: esto es, que se continúe como se hace ahora, en enseñar á los niños los primeros rudimentos por un catecismo aprobado, para que sean estas las primeras impresiones que reciban y que se graben mejor en su memoria; pero que se dispongan las cosas de manera que cuando lleguen á la edad de quince á diez y seis años, cuando ya las facultades de su espíritu han desenvuelto toda su inteligencia, estén obligados á volver á empezar esta enseñanza con más solidez y en toda su extensión.

Entonces estarán en estado de comprender tanto las máximas como el espíritu de la religión; entonces podrán sentir toda la fuerza de las pruebas, inoanmentos y testimonios que convencen de su verdad. Esta se llamará la segunda educación cristiana, y será en efecto la primera ó la única, porque será la verdadera y sólida. Me parece que esto no es imposible, y que lo podrán conseguir las autoridades eclesiástica y real, si ambas se remiernen para fijar los órdenes con que esta segunda educación se haga general en el reino. Sin duda que los sabios y grandes hombres que presiden á uno y otro gobierno, sabrán encontrar medios más eficaces de los que á mí me pueden ocurrir; pero vald aquí los que me parecen más oportunos.

Yo quisiera que en todos los colegios y universidades se destinase una de las muchas cátedras que existen y se consagrara á este objeto; esto es, que en todas las casas de enseñanza pública hubiese una cátedra bien dotada y que se considerase como la primera ó la superior á todas las demás; que su objeto fuese hacer cada año un curso completo de religión, arrojándose al libro reconocido por la nación y su gobierno como la religión del Estado; que para esto se escogiese el hombre que por sus luces y talentos pareciera más apto para este objeto, y que su obligación fuera hacerse aprender de memoria á sus discípulos todo lo contenido en el libro, haciéndoles entender, explicar y confesar su contexto y añadiendo todas las ilustraciones respectivas y analogas, de manera que resultase una instrucción tan sólida como extendida.

Yo quisiera que este estudio se repitiese y renovase cada año, y que se ocupase el año entero en su ejercicio; que todos los discípulos de las clases estuviesen obligados desde que han pasado la edad de diez y seis años á dedicar un año á este estudio, y que á medio se le diese el grado de bachiller sin presentar certificación de esta curso y de haber sido aprobado por los examinadores nombrados para esta fin; y también deseara que este mismo se practicara generalmente en todos los estudios, aun en los de las comunidades religiosas.

Asimismo me parecería conveniente que á ninguno de aquellos á quienes se confiere por la primera vez un empleo, sea político, civil, militar ó de cualquiera otra especie que sea, se le pudiese en posesion sin haber presentado una igual certificación de haber sido aprobado por alguno de estos examinadores; y sería la obra completa á los prelados también prescribiesen que ninguno pudiera servir de padrino ó madrina en los bautismos, confirmaciones ó casamientos sin producir una certificación semejante.

Me hago cargo de que será más difícil instruir al pueblo porque no es posible darle puntos fáciles de retencion en que se pueda juntar para que se instruyan á un tiempo; pero lo que falta á esta clase de proporciones y facilidades, se debe suplir con la abundancia, y para esto es menester reparar esta divina palabra con tan targa mano que pueda llegar á los menes aplicados, y las iglesias son el santuario en que debe frecuentarse esta enseñanza.

Me parece que si todos los domingos, ó en el número que pareciera suficiente para empezar y acabar cada año, se diese al pueblo una lectura de este libro en tantas iglesias como hay en la nación, me parece, digo, que serian innumerables los fieles que instruidos de la grandeza y certidumbre de su religion, se excitarian no solo á amarla y obedecerla, sino tambien á unirse con ella con lazos tan indisolubles que ningún esfuerzo humano los podria separar. En mi dictamen esta instruccion es tan eficaz para reformar las costumbres y hacer buenos cristianos como los sermones mas urgentes sobre los puntos mas terribles del moral.

Porque ¡qué efecto pueden hacer la muerte, el infierno y el juicio en personas que apenas creen ó que no creen mas que tíbiamente, porque su fe es débil y está oscurecida, y casi empañada! Si reciben alguna impresion no puede ser mas que fugaz y pasajera, porque el alma no la recibe con una fe viva y persuadida, en vez de que el estudio de la religion convencidos de su verdad, nos descubre al mismo tiempo los designios de Dios, su maravillosa coordinacion tan superior á los limites y oscuridades del entendimiento humano, y nos pone á la vista nuestras firmes y elevadas esperanzas.

Todo esto rentado nos produce sentimientos íntimos, continuos y profundos que nos atraen al respeto, al amor y á la regla. No es posible dudar que esta instruccion tan repetida no haga grandes efectos. Si no se aprovechan todos del fruto, se aprovecharán muchos; estos formarán la pluralidad y darán el tono á los otros. Se puede esperar que derramándose en una mision tanta copia de luz, tanta fuerza de conviccion, y que estando esta sostenida por la autoridad y la ley, al fin se forme un espíritu público tan dominante, que ha de arrastrar consigo á los que por incuria ó corrupcion no quieren seguirle.

¿Quién puede dudar, dijo mi amigo, que si por estos y otros medios se propagara en la nacion el estudio y la práctica de una religion santa y que no predica mas que virtudes que no tienen otro objeto que la felicidad de los hombres, no solo esto sería el mejor preservativo para no dejarnos influir de esta filosofía devastadora, no solo aseguraria esta la consistencia de la religion, la estabilidad del trono y la pública tranquilidad, sino sería el motivo mas eficaz de mejorar las costumbres y hacernos tan felices como la comición humana puede alcanzar á serlo?

Soy del mismo dictamen, dije yo. Así suscribo con todo mi corazón á esta idea, y para haceros ver cuánto se conforma con mi modo de pensar, os diré que desde que mi amigo me encargó la educacion de sus hijos, concebí un proyecto, que aunque en pequeño, se parece mucho al vuestro. Como yo creo que el primero y mas importante estudio del hombre debe ser el de su religion porque ella sola es capaz de excitar á la virtud, me habia propuesto de hacer de ella mi principal objeto; y como los niños no están todavía en edad de hacer un estudio serio y raciocinado, mi intencion era contentarme por ahora con hacerles aprender los primeros elementos y darles las ideas que pueden recibir.

Pero estoy en el ánimo de formar un escrito tal como vos lo proyectais. Cuando los niños estén en la edad competente, esta será nuestra mas continua y privilegiada lectura. No solo la haremos una vez con toda la aplicacion posible, sino que la repasaremos todos los años, y me parece....

Aquí interrumpió mi amigo: Señor cura, vuestra idea es vasta, magnífica y digna de un gobierno ilustrado. A nadie se le puede ocuender su importancia; pero como esto no depende de nosotros, es menester dejarlo á Dios; pero de nosotros depende una idea que me viene al pensamiento y que pudiera ser muy útil. Mariano dice que está en ánimo de hacer este escrito que sirva para la instruccion de mis hijos; y yo digo: ¿por qué este escrito no servirá para la instruccion de este pueblo á que nos ha traído la Providencia? El celo cristiano se debe á todos; que Mariano pues desde luego y sin perder tiempo se ponga á escribirle: él servirá después para mis hijos, pero que entre tanto se lea en nuestra Iglesia; este será un ensayo: la experiencia nos enseñará los efectos que produce y que no pueden dejar de ser muy buenos.

El cura aplaudió mucho la idea, y yo ofrecí poner desde luego manos á la obra. Cuando estubo hecho, el cura y mi amigo la aprobaron. Yo quería dejarla al primero para que él mismo la leyese; pero él me dijo: El cielo os ha traído aquí para la felicidad de este pueblo. Vos no tenéis otras ocupaciones, yo tengo muchas. Vos sois mas nuevo que yo, vos tenéis pecho mas robusto, vos mas fuerza y osadora que la mía; vos podéis declamar con mas claridad y vigor que yo; por todas estas ventajas el cielo os destina á este ministerio. Mi amigo manifestó el mismo dictamen, y después de algunos debates me fué preciso ceder á sus instancias.

Allí mismo resolvimos que estas conferencias empezarian el primer domingo de diciembre, que es el tiempo en que se han concluido los trabajos del campo, y que durarian hasta el de Ramos, y que nuestra lectura empezaria al fin de la misa mayor. Yo me puse á aprender de memoria aquel tratado para poder declamarlo mejor, y le llevaba

siempre al púlpito por si me faltaba la memoria; pero mientras me preparaba á esta empresa, no dejaba de tener alguna desconfianza del suceso, temiendo que mi auditorio se cansase de una novedad á que no estaba acostumbrado.

Llegó el primer domingo de diciembre, y aunque todos los domingos habia un gran concurso á la misa mayor, aquel era inmenso y no podia caber en la iglesia. No me sorprendí, porque como habiamos hecho un convite general, me pareció que este y la curiosidad podian haber traído tantas personas; pero ¡cuánta fué mi satisficcion, cuánto mi consuelo cuando observé que esta concurrencia no se disminuyó en los domingos siguientes! Yo empecé por hacer un discurso preliminar en que expliqué el fin y objeto de aquellas conferencias y el fruto que debía resultar. Lo escucharon con interés, y observé que oian lo demás con gusto y atencion.

Poco después supí que aquella lectura fermentaba en sus corazones, que era el asunto de sus discursos, que los padres la trasferian á sus hijos, á lo menos lo que habian oido, los amigos á los que no habian podido venir; en fin, que todos lo conferian entre sí, y que la luz y la instruccion se iban propagando poco á poco. Tambien observamos que á ningún otro sermón asistian tantos, ni le escuchaban con mas visible complacencia.

La resulta de todo es, que desde el primer año ya se empezó á ver entre las gentes mas rústicas y groseras una

especie de trasformacion en su conducta, tanto por la elevacion de sus ideas, como por una mas seria y circunspecta moderacion en su porte. En mi juicio esta es una de las causas que mas han contribuído á la urbanidad de su trato y á la mejora de sus costumbres, y como cada año se los renovaba la misma instruccion, se ha grabado en los unos y se ha extendido mas en los otros; de modo que me parece que hoy no hay ninguno que no esté enterado de su religion y persuadido de su verdad. Adios, amigo.

P. D. Después de tener esta escrita recibí la tuya en que me das noticia de la nueva comision que te ha dado el gobierno y del nuevo viaje que vas á emprender. El encargo es honroso y te da sin duda ocasion de hacer grandes servicios á tu patria. Esto solo te puede consolar de la incomodidad y del riesgo á que te expones. Y pues tú no vas más que por obediencia y con vivos deseos del acierto, Dios que siempre ayuda las buenas intenciones, ayudará tus dias. Tú te isonjeas con la idea de que volverás presto. Yo lo deseo; pero viajes de esta especie son siempre mas largos de lo que se piensa, y yo temo que esto sea tambien de cuatro ó cinco años como el otro. Dios disponga lo que convenga; pero espero que si en tus viajes hallas medios de darne noticias tuyas, no negarás este consuelo á mi amistad. A lo menos, te pido que cuando vuelvas no me retardas un instante la noticia de tu retorno. Adios otra vez, Antonio mio.

CARTA XLI.

MARIANO A ANTONIO.

Querido Antonio; ¡Qué agradable sorpresa me ha causado tu amable carta! y cuánta satisficcion me ha producido. Desde que me informaste de tu nuevo viaje y sus justos motivos, no he vuelto á tener noticia tuya, y mi amistad estaba tan quejosa de tu silencio como inquieta de tu muerte. Bien es que un viaje de mar, un destino incierto y un término poco seguro podian hacer para desarmar la queja; pero tambien eran motivos para aumentar el susto, y yo he sufrido mucho en no saber de tí en tan largo tiempo. Pero al fin ya estás de vuelta, y el cielo te ha conducido con felicidad. Yo le doy gracias, y le has dado á tí de que tu primer cuidado haya sido comisionarme el aviso.

Tú quisiera que yo te instruyera de nuestro estado y de nuestro establecimiento. ¡Ay, amigo! los tiempos se han mudado. Entonces podia escribirte los progresos y la prosperidad que el cielo comencia á nuestra solicitud con el gozo que siente el corazón cuando pinta dulces asanas que lo gran ser benéficos. La mano corre con ligereza y las rosas le dan el colorido; pero hoy, Antonio, ¡qué diferencal! Un velo fúnebre cubre todo nuestro recinto. Hoy nos ve-

mos rodeados de las funestas sombras de la muerte. Imagina la mayor de las desgracias, y esta es la que lloramos. Mi incomparable amigo, el hombre en quien Dios hizo tan visible el poder de su gracia, el monumento vivo de su misericordia y una de las pruebas mas energicas de la fuerza y virtud del Evangelio, no existe ya. Dos meses ha que el cielo le arrebató de la tierra, que no merecía poseerle, y arrojándole de nuestros brazos, nos ha dejado huérfanos y desconsolados.

Su muerte fué digna de los últimos años de su vida. Este teatro convertido leía y meditaba continuamente los santos documentos que le habia dado su director, que él llamaba su primer apóstol y el oráculo de su corazón. Todo en deseo era grabarle en su espíritu para practicarlos. No obstante, te diré que á los primeros dias de mi arribo advertí que se inclinacion natural le conducía á la tristeza y á la soledad, pero observé que siempre que podias te retiraba al secreto de su cuarto, donde pasaba las mañanas enteras.

Observé tambien que cuando salia de sus meditaciones